Capítulo 3  
Catástrofe

Después de cinco minutos de camino, ya que estábamos muy lejos de esas cosas y todos estábamos un poco más tranquilos, comencé a buscar algo que nos fuera de utilidad. En la parte trasera había un radio. Lo encendí y lo examiné para intentar usarlo.

—Hola —dije al presionar un botón a un costado—. ¿Alguien puede oírme?

—¿De casualidad son los muchachos que acabo de recoger?

Era el soldado que conducía el camión quien había contestado. Seguramente él tenía otro radio.

—Sí, somos nosotros.

—¿A dónde nos dirigimos? —Preguntó Sebastián.

—A la base situada en el centro de la ciudad.

La lluvia había cesado un poco. Avanzamos rápido en la parte de atrás del camión. En un momento se detuvo.

— No puede ser…— Se escuchó una voz en la radio.

— ¿Qué sucede? — pregunté con angustia

— Hay demasiados carros varados aquí, tendremos que buscar otra ruta

— Debe de haber una calle llamada Peralvillo, váyase por ahí, saldremos directamente la explanada central; no obtuvimos respuesta, pero el camión comenzó a avanzar.

La gran ciudad de Santa Mónica tenía sus calles vacías, con autos varados, se podían escuchar sirenas retumbando por cada acera. Solamente veíamos todo lo que dejábamos atrás, las calles viejas del centro histórico de la gran ciudad comenzaban notarse. Casas ya abandonadas, estructura vieja estilo neoclásico y barroco, pequeños edificios y locales que se encontraban cerrados, entreabiertos. Había cuerpos en el suelo, sangre en las paredes. Se escuchaban disparos muy a lo lejos de donde nos encontrábamos. El camión empezó a pararse.

Se escuchó cerrarse una puerta y en unos instantes el soldado apareció en la parte de atrás.

—El vehículo se quedó sin gasolina. Tenemos que seguir a pie.

—¿Cuánto falta?

—Estamos en González Obregón. Faltan 3 calles para llegar a la explanada central.

Nos bajamos y seguimos al soldado que nos rescató.

* ¿Cuál es tu nombre? — le preguntó Nathalia
* Me llamo Ramsés—
* ¿Qué hacían por esa zona? — interrogó Charlie.
* Sólo tratábamos de retenerlos un poco, e ir a responder llamadas de auxilio, las pocas que pudieron entrar antes de que se cayera el sistema.

— ¿Cómo fue que dieron con nosotros allá? — nos preguntó

* Se escucharon los disparos hasta la jefatura, fue ahí donde supimos que no estaban lejos de nosotros— respondió Christopher

— Ese lugar se perdió en la madrugada, al igual que media ciudad

— ¿Quieres decir que todo esto comenzó el día de hoy? — pregunté. Hubo un pequeño silencio en la conversación mientras seguíamos avanzando.

— No estoy yo para decirles ni ustedes para saberlo, pero la Ciudad está hecha una mierda, así que creo que no importa. El gobierno sabía lo que pasaba en el mundo, pero creyó que México nunca caería en esa situación; el país entró en el proyecto nacional propuesto por la OMS, todo iba bien aquí… fueron los vuelos los que hicieron que llegara este virus. Trataron de llamarlo influenza, atendían a los enfermos en los hospitales, — me percaté que en su uniforme tenía la insignia de Sargento— creían que matarlos alteraría al país y a todo el hospital, trataron de sedarlos, pero no funcionaba. Primero cayeron los hospitales más grandes, así como el hospital general, el hospital Juárez, el hospital Ángeles, y de ahí no pudieron contenerlos. El primer caso registrado en Santa Mónica fue hace un par de días, los enfermos cada vez eran más y los empezaron a mandar a las ciudades más cercanas de la capital. Según tengo entendido es 1 hora aproximadamente de aquí a la Ciudad. A nosotros, los soldados, nos ordenaron no disparar a matar, pero las cosas se tornaron más y más complicadas, hasta que no nos quedó otra alternativa.

— ¿Cómo sabe todo esto de los hospitales? — preguntó Sebastián

— Mi esposa falleció hace 2 días en el hospital de la capital, éramos de allá, yo estaba presente— en ese instante se detuvo. — silencio— se asomó a la calle de la vuelta y se escuchó un disparo, pero no fue de él. Nos hizo una señal de que nos pegáramos a la pared y así lo hicimos. Vimos pasar por esa calle a 2 señores corriendo, ambos con armas en mano; después de unos 15 segundos se acercó de nuevo a nosotros.

* Ya no pueden confiar en nadie, la gente va a querer quitarles todo lo que tengan, así que dependerá de ustedes si quieren vivir, o no. Yo los tengo que dejar aquí, me quedé de ver con mis compañeros a dos cuadras, así que tienen que seguir, faltan unas 12 cuadras para poder llegar a la base, ahí hallarán un campamento, estarán a salvo, por ahora.
* Gracias por ayudarnos— le dije
* Suerte— me quedé con tantas preguntas por hacerle, pero probablemente no lo veré jamás.

El centro histórico de Santa Mónica no era para nada grande, la mayoría de las casas las derrumbaron para poder construir casas o unidades habitacionales. Nos quitaron cultura por necesidad, aunque no sé si de verdad valga la pena. Tal vez todo esto no fue un accidente, como muchos podríamos llegar a pensar, tal vez fue algo planeado para reducir a la población, y lo estaba consiguiendo, definitivamente. Caminamos el resto de las calles que faltaban, habíamos pasado todo el centro de la ciudad. Totalmente deshabitado. Hicimos 45 minutos aproximadamente en llegar al centro desde mi casa.

Avanzamos hasta poder visualizar tiendas de acampar, camiones, carpas y puestos de vigilancia una calle antes, en la catedral de Santa Mónica, un gran edificio estilo barroco construido durante la época de la colonia

* No hay nadie…— dije en voz baja

Todos los soldados, policías, enfermeras, personal auxiliar se encontraban sin vida, tendidos en el piso, llenos de sangre, algunos quedaron con los ojos abiertos, otros sin alguna extremidad; el infierno, sin duda alguna. Comenzamos a avanzar poco y conforme caminábamos sentía que todos esos cuerpos nos miraban. Sentí algo, mi respiración comenzó a alterarse y mis latidos eran cada vez más fuertes, como si corazón estuviera justo en mi cabeza. Me detuve un segundo.

—¿Estás bien?

—Sí Luis, sólo dame un segundo.

—Los atacaron no hace mucho… su sangre no ha coagulado— dijo Sebastián. Miré mi reloj y marcaba las 5: 23 de la tarde, aunque el clima aparentaba un tiempo más cercano al de la noche. Estábamos justo debajo del asta bandera.

— ¿Estás mejor?

— Sí, gracias

— ¿Ahora qué hacemos? — Me preguntó Charlie

— No sé—

—¿Cómo que no sabes? — me respondió— ¡Tú nos metiste en ésta, tienes que sacarnos!

—¡Aquí no hay culpables, si alguien se va es culpa de todos; no te laves las manos ahora! —

Escuché un golpe, algo parecido a un azote de una persona. Alguien cayó. Volteé y Nathalia se desplomó al suelo.

—¿Qué pasó? — preguntó Sebastián

Christo se acercó a ella, tomó su pulso ulnar (con su muñeca) —Su pulso es muy débil, claramente tiene la presión muy baja, tenemos que salir de la explanada

—Mierda…— dije en voz baja mientras podía notar que la gente comenzaba a levantarse y a venir de las calles. Gente muerta.—¡Tenemos que irnos! —Alcé la cara; mire a mi alrededor y no observé salida alguna, no podíamos entrar de nuevo en las calles; lo único que ganaríamos sería acorralarnos.

—¡Hacia allá, corran! —Luis gritó y señaló la puerta del Palacio Estatal de Santa Mónica.

—Toma — Sebastián me dio su mochila —Cargaré a Nath.

—¡Corre! — Saqué mi arma para poder cubrir al chico mientras cargaba a Nathalia. Iba justo detrás de él. Sentía que esas cosas caminaban más rápido de lo normal. Volteaba a todos lados y el pánico comenzaba a apoderarse nuevamente de mí. Entramos al Palacio.

—¡Cierra la puerta!—

Pusimos a Nathalia en el suelo. Saqué mi botella de agua que tenía en mi mochila, me hinqué y le eché un poco en el rostro. Despertó.

—¿Qué pasó? — preguntó confundida

—Te desmallaste. Chris fue quien te cargó.

—Ah— hizo una mueca que daba a entender dolor— me duele mucho la cabeza; gracias por la ayuda. ¿Dónde estamos?

—Entramos al Palacio de la ciudad. Quédate aquí, nosotros recorreremos el resto del edificio. Emily, quédate con ella, regresaremos— le dije. Me levanté y hablé con los demás.

— No, nos dejes—

— Nath, Tenemos que saber que estaremos lo más seguros que podamos—

Su mirada apuntó al piso y con un rostro de desaprobación me dijo—Está bien, cuidado.

—Perfecto, pongan atención, empezará a llover de nuevo en unas horas. Creo que lo mejor es quedarse aquí por el resto del día, ya está anocheciendo. Entraremos en una de las salas del edificio, pasaremos la noche, comeremos algo de lo poco que tenemos e inspeccionaremos los edificios de al rededor buscando principalmente comida y armas, no tenemos suficientes. Ahora nos dividiremos. Luis, Chris, suban al primer piso, Sebastián, tu checa la planta baja y Charlie y yo subiremos al segundo y último nivel. No disparen a menos que sea necesario y no olviden quitar el seguro. Nos vemos en 15 minutos aquí.

—¿Qué hacemos si vemos civiles?— me preguntó Luis

—Si tienen armas que las entreguen. Siempre apúntenles por si intentan algo. Recuerden, es la vida de ellos o la suya. Vigílenlos y tráiganlos.

— Está bien…—

Subimos las escaleras y nos dirigimos a la derecha.

—Quita tu dedo del gatillo; abre bien los ojos— le dije a Cha.

Se empezaron a escuchar pasos justo adelante que venían de la sala número cinco.

—¿Escuchaste?

—Está justo en la siguiente puerta. A la cuenta de tres salimos.

—Sí.

—Uno… dos… tres…

No podía creer lo que estaba observado

— ¿Erick?

— ¿Alex?

— ¿Cómo estás? — bajé el arma

—Pues creo que igual que toda la demás ciudad, hecho una mierda.

-—Así estamos todos. ¿Vienes solo?

— Está conmigo Sam, matamos a las personas infectadas que entraron al edificio. Llegamos hace unas horas.

—¿Viste todo lo que pasó ahí a fuera? — cuestionó Charlie

—Si… fue… increíble…— Es difícil creer que todo eso de las películas, series, historias que parecían un mundo imaginario se está volviendo realidad. Ver gente muriendo, tratando de salvar a niños pequeños…

—No tienes que hablar de eso ahora; trae a Sam, estaremos más cómodos en alguna de estas salas

—Iré por ella.

Comenzó a llover; una enorme nube gris cubría el cielo de Santa Mónica, una ciudad que se caía a pedazos, así como el resto del país, así como el resto del mundo. Aún había energía eléctrica en aquel Palacio así que la aproveché para poder cargar un poco mi celular, y dejé junto a él mi maleta, una maleta vieja que me regaló mi abuela cuando cumplí 18. Entramos en la sala número tres que estaba en el primer piso y tratamos de instalarnos para esa noche.   
El Palacio Estatal de Santa Mónica era una zona turística para todas las personas del país, inclusive del mundo. Mostraba por medio de cuadros artísticos, fotografías y maquetas la historia de la ciudad. La sala donde estábamos era de color rojo, con una alfombra de color vino y las paredes color crema. Había un candelabro en el centro y en las paredes fotografías de la ciudad en los años de 1950, maquetas del centro histórico y la evolución de estos con el paso de los años, y que ese día era nuestro refugio. Erick y Samantha iban en nuestra escuela, ambos. Los conocimos en el segundo año de la preparatoria. Erick no era de aquí, el venía de Guadalajara y Samantha era colombiana, una guapa colombiana. Aunque no era nativa, el acento no se le notaba, pues vive en México desde que tenía 4 años, así que no tuvo problemas con el habla. Nos sentamos en el piso, quitamos los cuadros y los bancos que llegaron a estorbarnos.

—Ahora que estamos más tranquilos, cuéntanos, ¿qué pasó? — preguntó

— No nos dio tiempo ni de ir a nuestras casas, de saber de nuestra familia. Después de la fiesta salí de tu casa como a las 2 de la mañana junto con ellos dos, nos dirigíamos a la avenida para ver si pasaba algún transporte, creíamos que no iba a haber nada, estaba todo desierto. Después de unos minutos al fin tomamos un taxi, el conductor venía escuchando la radio. Unas calles más adelante vimos un gran choque. Una patrulla se acercó a nosotros y nos dijo que nos retiráramos de ahí. Fue cuando vimos por primera vez a un infectado, tomó al policía y mordió su espalda, no podía creer lo que veía, quise comunicarme con alguien más pero mi celular se quedó sin pila, el conductor nos sacó del auto diciendo que tenía que ir por su familia. Estábamos solos, sin nada con qué defenderse, no sabíamos hacia dónde ir. Nos dirigimos a casa de Samantha, era la más cercana hacia nosotros. Entramos pero ya no había nadie, su casa estaba totalmente hecha un desastre. Para nuestra suerte, el auto de su padre estaba en casa, lo tomamos y lo primero que hicimos fue poner el canal de emergencia, ahí nos informaron que teníamos que dirigirnos al centro de la ciudad. Llegamos a las 4 de la mañana. La ciudad era un caos; nos dieron refugio y dormimos ahí. A las 12 del día se escucharon disparos, despertamos y para nuestra suerte empezaron a atacar el pequeño albergue; alcanzaron a evacuar a poca gente en camiones, pero no eran los suficientes, algunos quedaron varados en medio de las calles. La gente no tenía a donde ir. Morían, morían, morían. El resto de nosotros no tuvo salida y nos quedamos aquí en la explanada, tratando de encontrar una salida. La gente corría, sin dirección, sin sentido, sólo huía. Tomé un arma y traje a Samantha conmigo aquí, ya no supe nada más de lo sucedido, aunque creo que es claro.

—Lo lamento… nosotros… perdimos a toda nuestra familia en el viaje que hicieron…—Dijo Luis comenzando a llorar.

—¿Cómo pudo empezar todo con solo un virus? — me pregunté en voz baja

—Era más que un virus— se escuchó la voz de Sam que estaba a mi lado

— ¿Sabes cómo empezó todo?

— No, no lo sé, ¡pero sólo mira allá fuera, no hay nada, no queda nadie, perdí a mi familia, a mi novio, no tenemos comida, el agua se va a acabar tarde o temprano, no tenemos ni si quiera con qué defendernos! Esto no se trata de un simple virus, fue algo más, ya estaba planeado, el mundo es una mierda, la política es una mierda. Siempre ha sido así, no vamos a cambiar. La gente que quiere cambios para bien termina muerta, sólo los cabrones han salido adelante, han sabido mover imperios, lo hice Díaz, lo hizo Hitler. Hoy en día nadie sabe nada de liderazgo, he ahí la gran diferencia de jefes y líderes — fue cuando empezó a gritar, y era normal, todos estábamos igual de angustiado que él. Pero me dí cuenta de algo. Todos teníamos que ser líderes ahora, teníamos que actuar, teníamos que ser valientes. La tomé de los hombros y la abracé.

— …Hemos perdido todo— dijo Sebastián

— No— interrumpí— no podemos quedarnos aquí de brazos cruzados, es hora de ocuparse. Sé que va a ser muy difícil poder superarlo, pero no ganamos nada con recordar. Ahora sólo estamos nosotros, y nos tenemos que cuidar, hay que ver cómo vamos a salir de aquí. Coman y si están cansados duerman un poco, mañana saldremos de aquí.

—¿A dónde?

—Al campo, la costa, a un lugar sin civilización, donde la infección no haya llegado, no lo sé, lo único de lo que estamos seguros es que la ciudad no es un lugar donde podemos estar a salvo. Mañana será un día largo.